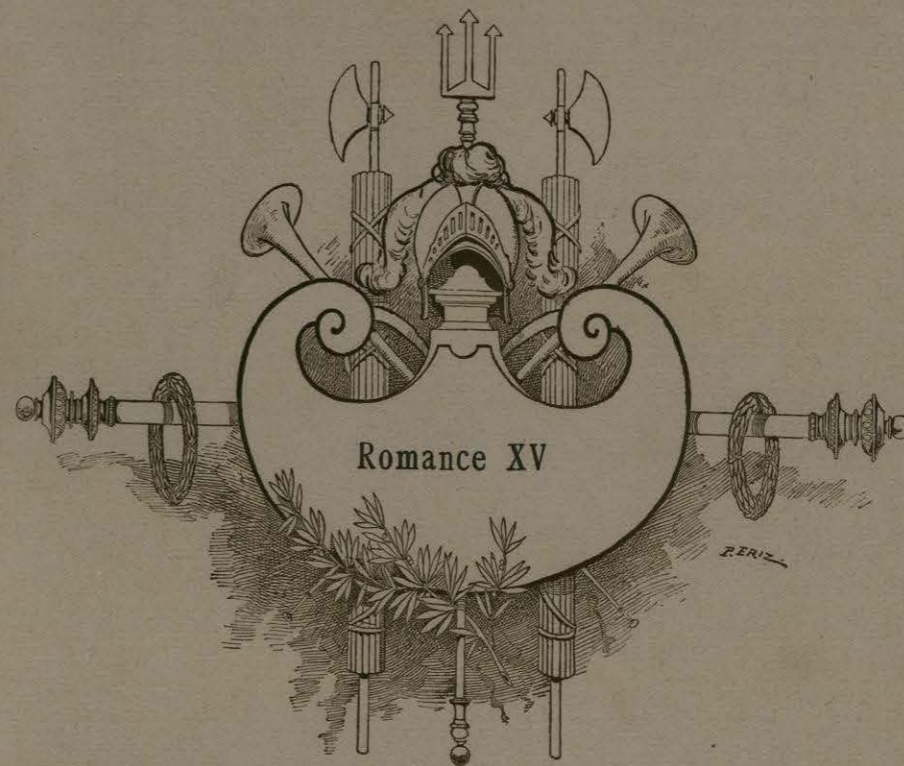


del amante venturoso.
Armase Hernán; sale al campo,
monta de batalla el potro:
enristra la lanza fuerte
con brazo asaz poderoso,
y espera á los enemigos,
que bramando como el Ponto,
avanzaban levantando
densas columnas de polvo.

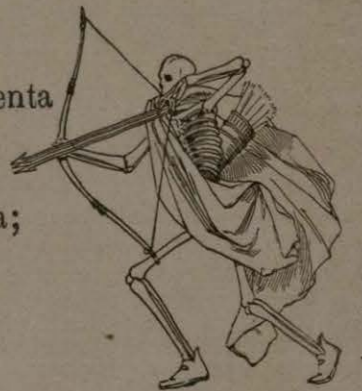




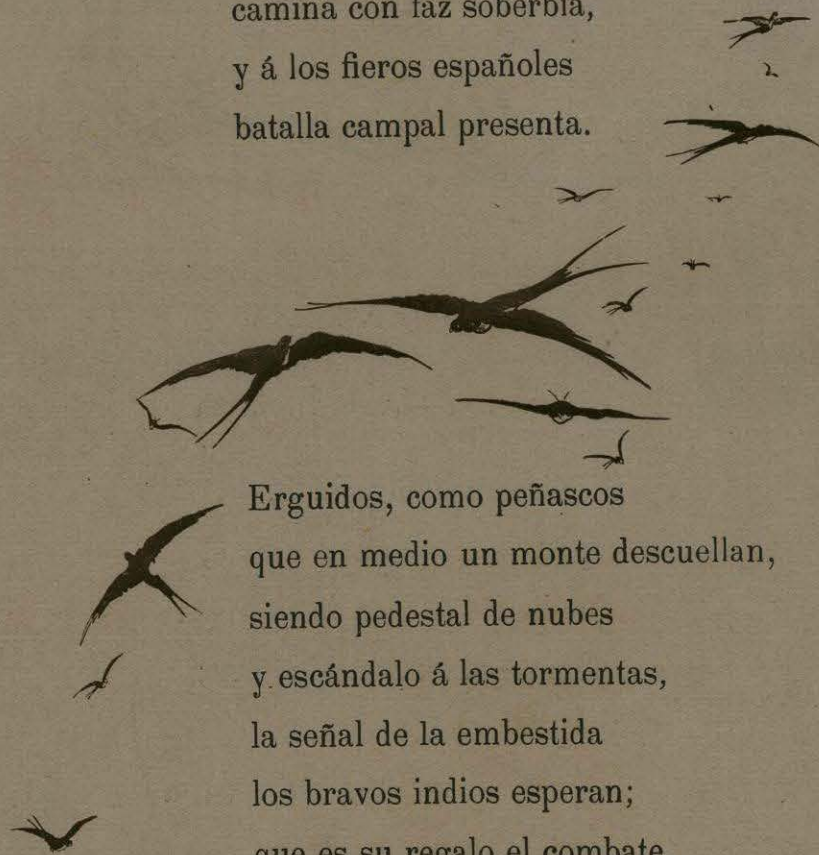
ROMANCE XV

LA BATALLA DE TLASCALA

Xicotencal el temido,
aquel de las plumas negras,
que en los bordes de su maza
siempre el exterminio lleva;
el del color bronceado,
que un sol en el rostro ostenta
y mil cifras en el pecho,
que son timbres de nobleza;
el que nunca fué vencido
de las mejicanas fuerzas,
cuyos ojos son de lumbre
que con solo mirar queman;



el que con temible acento,
el inmenso espacio atruena
y con su planta segura
hace estremecer la tierra;
hoy, al frente de su tropa,
camina con faz soberbia,
y á los fieros españoles
batalla campal presenta.



Erguidos, como peñascos
que en medio un monte descuellan,
siendo pedestal de nubes
y escándalo á las tormentas,
la señal de la embestida
los bravos indios esperan;
que es su regalo el combate,
y es su gloria la pelea.
A la luz del sol, que asoma
tras las empinadas crestas
del horizonte lejano,
que el manto del cielo besan,

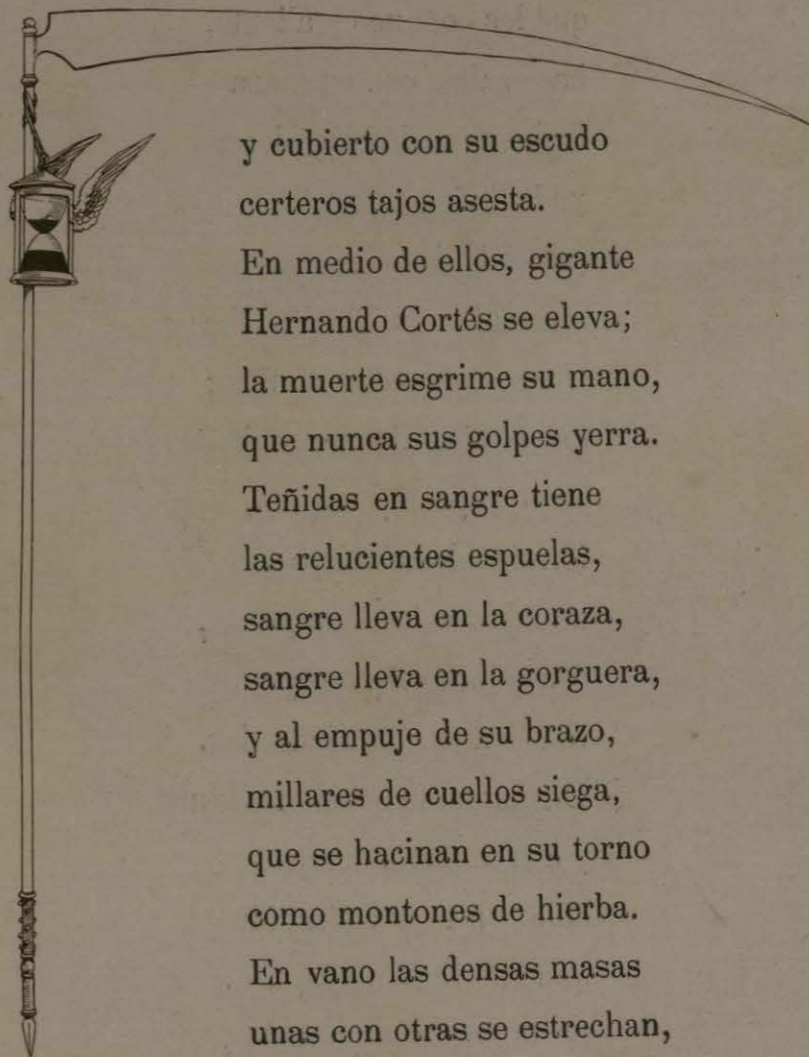


parece aquel campamento
un ancho mar de cabezas,
cuyas ondas de colores
saltan, se empujan, se aprietan,
van, vienen, corren, se agitan,
se alborotan y condensan,
reverberando mil luces
cuando en la playa se estrellan.
De pronto los atabales
de combatir dan la seña,
y una sorda gritería
la región del aire llena.
Cúbrese el cielo de polvo
silban las agudas flechas,
y de las hondas, zumbando
salen un millón de piedras,
que al dar sobre las corazas
compasadamente suenan,
como en los tersos cristales
el granizo martillea.
A su vez, los españoles

hacen crujir las ballestas,
y á los secos estampidos
montes y vallados tiemblan.
Rápidos los escuadrones
al enemigo se acercan,
y cada lanza es un rayo,
cada espada una centella,
cada arcabuz un infierno,
cada español una fiera.
Allí, Lugo el esforzado
de muertos el campo siembra;
aquí, Sandoval bizarro
desbarata cuanto encuentra;
en este lado, Mejía
hiende, raja y atropella,
y allá, Farfán tinta en sangre
la pesada lanza muestra,
que más que lanza parece
hachón que apagado humea.
El fuerte Portocarrero
por todas partes penetra;
y donde asienta su espada,
allí la sangre revienta.
Alvarado, el sin mancilla,
alza su potente diestra,



y cubierto con su escudo
certeros tajos asesta.
En medio de ellos, gigante
Hernando Cortés se eleva;
la muerte esgrime su mano,
que nunca sus golpes yerra.
Teñidas en sangre tiene
las relucientes espuelas,
sangre lleva en la coraza,
sangre lleva en la gorguera,
y al empuje de su brazo,
millares de cuellos siega,
que se hacinan en su torno
como montones de hierba.
En vano las densas masas
unas con otras se estrechan,
y en vano á vencer se animan
los bizarros Tlascaltecas
y se apiñan y se agrupan,
como en angosta colmena
trabaja, unido y compacto,
todo un enjambre de abejas.
En vano el bravo guerrero



que los conduce y alienta,
hace saltar con su maza
de los armados las piezas,
y abolla los capacetes
y derriba las cimeras,
como al empuje del hacha
troncos altivos se aterran;
que el aire hiende, radiante
como rayo de la esfera,
formidable caballero
montado sobre una yegua,
con crines de plata y oro
relucientes como estrellas.
De diamante es su armadura,
y con la mano derecha
agita un rayo encendido
que al aire relampaguea.
De tal visión espantados,
los de Tlascala se ahuyentan,
y por la extensa llanura
en alas del miedo vuelan;
así como cuando un río
rompe sus diques de arena,
y en su corriente arrebatada
troncos, arbustos y peñas.



Llegaron los fugitivos
de la ciudad á las puertas,
y por doquiera que pasan,
el pánico terror llevan.
Alborotóse el consejo
con la noticia funesta;
los magos y los ancianos
la destrucción clamorean,
y un ronco ahullido de angustia
por todo el ámbito truena.
Xicotencal entra luego
con la negra faz sangrienta,
polvoroso y fatigado
como acosada pantera,
y al verlo, nobles y jueces
asombrados le rodean,
y con los ojos preguntan,
por no poder con las lenguas.
—«Que ¿me pedís vuestros hijos?
dice el león de la guerra;
murieron como valientes,
allá en el campo se quedan.
Id á rogar á los dioses
que nuestra causa protejan,
que el Dios de los vencedores



por ellos el cielo deja,
y nuestras filas destroza
con poderosa fiereza.»

Dijo, y la audaz muchedumbre
su anchuroso templo anega,
y al ver que de sus altares
rotos sus ídolos ruedan,
desconsolados, llorosos,
juntos en tropel se alejan.
Entonces jueces y nobles,
llevando en alto banderas,
al campo del enemigo
humildemente se acercan,
á pedir la paz á Hernando
y á prometerle obediencia.





ROMANCE XVI

EL CONSEJO

Juntos están en consejo
los caciques de Cholula,
que á llamamiento de guerra
ningún valiente se excusa.
Entre ellos está Xaspeque,
indio de grande estatura;
Quinjuet, el de airados ojos,
que sólo mirando asusta;
Magiscatzín el gigante,

señor del valle de Honduras,
y otros indios principales,
en cuya fuerza y bravura
la salvación de su patria
el Rey de México funda.
Todos están pensativos
y revelando pavora,
que han sabido que Tlascala,
que es de los héroes la cuna,
ha sujetado su cuello
á la española coyunda.
En vano los más valientes
el espanto disimulan,
que al ver á un pueblo de bravos
quedar vencido en la lucha,
los más fieros se atribulan.
Tan espantoso silencio
lo rompe, al fin, y lo turba,
la voz de un guerrero anciano
que de alta opinión disfruta.
— Guerreros, dice; ya el cielo
nos niega amparo y ayuda,



y con montones de nubes
su manto de grana enluta.
Envuelta del sol la llama
entre las nieblas confusas,
sólo para los que vencen
sus rayos de fuego alumbran.
En vano, recios varones,
del grande imperio columnas,
os lanzaréis al combate
con desenfrenada furia;
que allí do poséis las plantas,
encontraréis sepultura.
¿Oís?... Del Dios de la muerte
el bronco acento susurra,
y de su carro espantoso
la ronca rueda retumba.
Rojizas franjas de sangre
por el horizonte cruzan;
sopla el huracán, y el rayo
el cóncavo espacio surca.
El águila de los montes
bate sus alas oscuras,
y sus dolientes graznidos
próxima tormenta auguran.
No hay esperanza, guerreros,



que en medio la noche turbia
brama el tigre por los bosques
rasgando la densa bruma;
palidecen las estrellas
que acompañan á la luna,
y manchas de sangre tiñen
el agua de las lagunas.

¿Os acordáis?... Ancho libro
de la antigüedad, anuncia
que por la parte de Oriente,
y en alas de la ventura,
vendrá el Dios de la venganza
á castigar nuestras culpas.

Llegó por fin, y á su empuje
no hay héroe que no sucumba,
ni pueblo que no se humille,
ni trono que no se hunda.

Deponed, pues, esas armas,
que arrojareis en la fuga,
que si en el cielo está escrito,
fuerza será que se cumpla.—
Calló el anciano, y al punto,
vertiendo copos de espuma,
Guatimozín valeroso
tales palabras pronuncia:



—Al que por la patria muere,
la gloria le ofrece tumba,
y honor eterno merece
el valiente que la busca.
Si el cielo, noble cacique,
nos niega amparo y ayuda,
y con montones de nubes
su manto de grana enluta,
es porque airado se muestra
contra nuestra inercia suma,
que nunca del sol la llama
frentes cobardes alumbra.
Guerreros, tended los ojos
por vuestras largas llanuras;
tendedlos por las ciudades
que el horizonte dibuja,
y alzad un grito de guerra
que por todas partes cunda,
que nunca los esforzados
para combatir se escudan.
¿Dudáis?... Pues oid, valientes:
mañana, cuando el sol luzca
de las montañas soberbias
tras las erizadas puntas,
no veremos más que esclavos



de esos hombres con fortuna,
que al abrigo de sus armas
de gente cobarde triunfan.

No tendréis patria, guerreros;
y ¡ay del que á salvarla acuda!
que entonces, tinto en su sangre,
caerá ante la fiera turba.

Lidiemos, pues, que aunque al cabo
esa tradición se cumpla,
siempre habrá un rincón de tierra
para escoger sepultura.—

Dijo, y por todo el consejo
un grito de muerte zumba,
cuando ya triunfante entraba
Hernán Cortés por Cholula.

